

ENCUENTROS

Exclusión social y pobreza irreducible Reflexiones desde el caso hondureño

*Juan Pablo Pérez Sáinz¹
Minor Mora Salas²*

La sociedad en América Latina tiende actualmente a ser visualizada en términos de niveles de pobreza e integración social.³ Esta visión predominante ha sido impuesta, fundamentalmente, por organismos internacionales que han colonizado el imaginario sobre la sociedad y han impuesto una mirada seudocrítica sobre la realidad. Así, en primera instancia aparece como denunciadora de carencias sociales, pero su comprensión es mixtificadora porque remite a estándares éticos y no a relaciones sociales antagónicas basadas en el poder. El presente artículo quiere cuestionar este tipo de visión predominante y, en concreto, las formas más extremas de pauperización. Para ello queremos proponer una interpretación alternativa a partir del concepto de exclusión social.

Este intento lo queremos sustentar a partir de la evidencia empírica de un caso, el hondureño, que pensamos tiene poder ilustrativo al respecto. Como se sabe, Honduras es uno de los países latinoamericanos donde la incidencia de la pobreza alcanza cotas más altas. Así, aunque en los últimos años ha acaecido una disminución de la pauperización, para el 2004

1 Investigador de FLACSO Sede Académica, *e-mail*: jpps@flacso.or.cr

2 Profesor investigador del Colegio de México, *e-mail*: mimora@colmex.mx

3 Este trabajo ha sido posible gracias a la ayuda que nos dió la investigación del CEALCI de la Fundación Carolina, España.

aún el 64,3% de los hogares hondureños se encontraba en ese estado de privación. Pero lo que le hace relevante como ejemplo es que el 44,6% del total de las unidades domésticas se encontraban en situación de pobreza extrema o indigencia (INE, 2004: 86).⁴ De ahí que no sea extraño que la reducción de la pobreza se haya erigido en unos de los ejes regidores de las políticas públicas de este país a partir del 2001 como parte de las condiciones impuestas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional para condonar parte importante de la deuda externa, como resultado de la denominada Iniciativa para Países Pobres Altamente Endeudados.⁵

En el presente texto, en un primer apartado, intentaremos desarrollar algunas precisiones analíticas sobre pobreza y exclusión social para sustentar la formulación de la hipótesis central de trabajo: para un porcentaje significativo de hogares indigentes, sus posibilidades de superación de la denominada pobreza extrema se ve entrabada por su condición de hogares socialmente excluidos. Es decir, la condición social de estas unidades domésticas se explica más bien por la exclusión que por la pobreza extrema. En un segundo acápite, centrados ya sobre la evidencia empírica del caso hondureño, mostraremos el alcance del fenómeno de la exclusión social y de sus componentes. Será en el tercer apartado que intentaremos verificar nuestra hipótesis de trabajo para concluir con una serie de reflexiones de tipo analítico sobre los retos que plantea el enfoque de exclusión social.

1. Pobreza y exclusión social: algunas precisiones analíticas

Hace algunos años, Sen (1983) llamó la atención sobre el “núcleo de carácter despótico irreducible de la pobreza”. Pensamos que los enfoques sobre pobreza no permiten captar suficientemente este “núcleo” por sus dos adjetivos: “despótico” e “irreducible”. Por el contrario, la perspectiva analítica basada en el concepto de exclusión social posibilita una comprensión más satisfactoria. Pero antes de argumentar las ventajas de este segundo enfoque, es necesario que precisemos, aunque sea brevemente, este concepto de exclusión social.

4 El cálculo de la pauperización se hace por el método de la línea de pobreza de la CEPAL, que es el más usual en América Latina.

5 Bolivia y Nicaragua son los otros dos países latinoamericanos contemplados dentro de esta Iniciativa.

Es sabido que la discusión sobre exclusión se genera en Europa, en concreto en Francia a mediados de los 70.⁶ El término ganó popularidad en el país galo por dos razones: por un lado, implicaba levantar una noción alternativa a la de pobreza que, además de su origen británico, conllevaba connotaciones ligadas a la idea de caridad propia del antiguo régimen; y, por otro lado, servía para analizar las desventajas sociales que se mostraban como efectos de la crisis del Estado del bienestar que comenzaba a desarrollarse (De Haan, 1999). A partir de ese momento, el término comenzó a ser reinterpretado desde distintas posiciones teóricas, dando lugar a diversas concepciones. Al respecto, Silver (1994) ha identificado tres paradigmas sobre exclusión social:

El primero es el de la solidaridad, que corresponde, justamente, a la acepción francesa. De inspiración *roussonian*, enfatiza el lazo cultural y moral entre el individuo ciudadano/a con el Estado que genera solidaridad en el marco de la comunidad republicana. La exclusión sería resultado de la ruptura de este lazo. Este enfoque tiene la virtud de emplazar al Estado en el centro del análisis e introducir la problemática de la ciudadanía social. En este sentido, exclusión social implica ausencia de este tipo de ciudadanía, pudiendo así cuestionar la función arquitectónica del orden social, por medio de la legitimación de las desigualdades sociales, que Marshall (1998) confirió a la ciudadanía social.

El segundo paradigma, denominado de especialización por esta autora, por el contrario tiene como referente a Locke y, obviamente, es de inspiración liberal. O sea, estamos ante el fenómeno del individualismo propio del mundo anglosajón. En este sentido, exclusión es sinónimo de discriminación ya que la pertenencia a ciertos grupos priva al individuo de la participación plena en los mercados y en la interacción social.⁷ A pesar de su muy cuestionable premisa del individualismo⁸, el fenómeno de la discriminación se podría reinterpretar como resultado del acoplamiento de dos tipos de exclusiones: la socio-económica y la socio-cultural. Esta idea de acoplamiento

6 El texto originario es el de René Lenoir, *Les exclus: un français sur dix*.

7 En América Latina el estudio realizado por el BID a inicios de la presente década (Behrman *et al.*, 2003) es el que más se aproxima a este segundo paradigma.

8 Al respecto, véase la demoledora crítica de Tilly al individualismo metodológico (1999).

tiene una doble consecuencia analítica importante. Por un lado, está señalando que la exclusión es un fenómeno multidimensional.⁹ Y, por otro lado, hace pensar que cuando acaece tal acoplamiento la exclusión tiende a reforzarse, adquiriendo formas más extremas y persistentes.

Y, finalmente, estaría el paradigma de monopolio donde el gran referente intelectual sería Weber y su idea de clausura social. Esta concepción se ha utilizado más en los países nórdicos de Europa y remite a las relaciones jerárquicas de poder que crean monopolios sobre recursos por parte de grupos de status que impiden el acceso a otros grupos. O sea, exclusión sería imposibilidad de acceso a recursos para ciertos grupos. La gran virtud de este enfoque es su nítido vínculo con la problemática de las desigualdades. Lo más importante es que remite a la idea de poder que representa también la mera base de la desigualdad. Pero no se trata de una mera coincidencia, un grupo es excluido porque otro lo excluye mediante ejercicio de poder. Y, en este sentido, estamos ante un proceso de producción de desigualdades sociales. Más aún, diríamos que la exclusión es la manifestación más extrema de la desigualdad social.

No obstante, la propuesta weberiana de clausura, subyacente en este enfoque de monopolio, puede conllevar el problema de delimitar una frontera rígida entre inclusión y exclusión. De esta manera, la exclusión puede ser entendida como un fenómeno consumado y, por tanto, absoluto. Creemos que esta separación radical genera problemas metodológicos ya que la realidad se muestra menos dualizada y más matizada. Además, no se puede asumir que los grupos excluidos permanecen pasivos antes las dinámicas de clausura. Puede haber acción social, individual y colectiva, de oposición a la exclusión e intentos de inclusión. Es decir, la exclusión, como la inclusión, nunca es absoluta, pero esto no significa que no podamos diferenciar ambos fenómenos y se considere la exclusión como una mera inclusión deficiente (Sojo, 2000). Al respecto, Sen (2000) ha advertido de los peligros retóricos que acompañan al término exclusión y aboga por diferenciar entre “inclusión desfavorable” de “exclusión”. Por consi-

9 Gacitúa y Davis (2000) han propuesto hablar de tres tipos de exclusión: la socio-económica referida a privación material y dificultad de acceso a mercados; la política e institucional que tiene que ver carencia de derechos civiles y políticos que afectan la participación ciudadana; y la socio-cultural que remite al desconocimiento de ciertas identidades de grupo.

guiente, existe una cierta escala, pero con niveles diferenciados y cortes que establecen situaciones cualitativamente diferentes.

Independientemente del enfoque, se puede decir que hay cierto consenso en los países del Norte en ubicar la génesis de la exclusión, como fenómeno social y no meramente individual, con la crisis del Estado de bienestar. A esta crisis se le habrían sumado los fenómenos de desempleo de larga duración y de precarización del empleo (Tezanos, 2004). En este sentido, la reflexión se ha centrado en la emergencia y desarrollo de la denominada “infraclase”.¹⁰

A partir de todo este conjunto de reflexiones, hay varias ideas que quisiéramos rescatar para esbozar nuestra comprensión del fenómeno de la exclusión social y proyectarlo a las realidades latinoamericanas. Primero, el origen de la exclusión reside en el ejercicio de poder de un grupo social contra otro(s). Segundo, como corolario de lo anterior, la exclusión es una manifestación de producción de desigualdades sociales; de hecho, es su expresión más extrema. Tercero, este ejercicio de poder genera procesos de clausura social que si bien no se consuman como cualquier proceso social, sí generan situaciones cualitativamente diferentes. Cuarto, la exclusión es un fenómeno multidimensional, o sea, hay distintos tipos de exclusiones que pueden interactuar entre ellas, reforzando las dinámicas excluyentes. Y quinto, exclusión sería sinónimo de negación de ciudadanía social, pudiendo cuestionar así su función arquitectónica de legitimación de desigualdades.

Pero para poder proyectar estas ideas a las realidades latinoamericanas, es necesario tomar en cuenta dos elementos específicos de la región en términos de exclusión social: la existencia de un excedente laboral de naturaleza estructural y el carácter eminentemente informal que ha caracterizado a los regímenes de bienestar, dando lugar a una ciudadanía social restringida.

En primer lugar, hay que hablar de una exclusión originaria ligada al tipo de proceso de modernización que se gestó en la región. La heterogeneidad productiva que caracterizó el modelo acumulativo generó, desde el inicio, una cascada de desigualdades que conllevó exclusión progresiva respecto del sector propiamente capitalista (Figuroa, 2000). La forma cómo se constituyeron los mercados, especialmente el laboral, gestaron

10 La bibliografía sobre este fenómeno es muy vasta y va desde propuestas moralizadoras como las de Auletta (1982), a las que ligan este fenómeno a la ausencia de ciudadanía social (Morris, 1994).

desigualdades que podrían ser catalogadas, según la propuesta de Fitoussi y Ronsavallon (1997), como estructurales o históricas. De ahí que no sea de extrañar que el tema de la marginalidad, que fue como se denominó al fenómeno de la exclusión social, fuera una de las cuestiones más debatidas en América Latina, tanto desde la perspectiva de la modernización como desde la teoría de la dependencia.¹¹

La exclusión laboral ya se expresó en el inicio de la modernización, en la etapa que puede ser calificada como modernización nacional¹², con la emergencia de un excedente laboral, o sea, con fuerza de trabajo que no fue directamente absorbida en el proceso acumulativo como mano de obra asalariada. Este excedente se manifestó en el desarrollo tanto un sector informal urbano como de un campesinado de subsistencia. Eran sectores que constituían un excedente laboral con cierta funcionalidad para el proceso acumulativo. Así, el trabajo informal tenía una doble contribución al proceso industrializador basado en la sustitución de importaciones: “externalización” de prestaciones sociales por medio de una salarización encubierta en actividades informales; y provisión de ciertos bienes y, sobre todo, servicios para la reproducción de la fuerza de trabajo que el sector formal no garantizaba (Portes y Walton, 1981). Además, hay que añadir la doble funcionalidad que el campesinado de subsistencia tuvo: por un lado, proveyó bienes salarios (especialmente, granos básicos); y, por otro lado, viabilizó el binomio latifundio-minifundio que sustentó a algunas de las agroexportaciones. De esta manera, hubo procesos de semiproletarización en el agro latinoamericano, dando lugar al denominado dualismo funcional (De Janvry, 1981). Pero no todo el excedente fue funcional y hubo segmentos del excedente laboral que sí resultaron a-funcionales como argumentó Nun (2003) hace décadas y ha matizado recientemente, al hablar de masa marginal.¹³

No obstante, la exclusión laboral se ha acentuado con la emergencia de un nuevo modelo de acumulación, signado por la globalización, donde las tendencias excluyentes predominantes sobre las incluyentes (Pérez Sáinz, 2003a).

11 La bibliografía sobre marginalidad fue extensa. Mencionemos, a nuestro juicio, las dos mejores críticas: respecto de la teoría de la modernización la de Perlman (1976) y respecto de la teoría de la dependencia la de Bennholdt-Thomsen (1981).

12 La denominados así ya que el proyecto modernizador intentó construir la Nación desde el Estado.

13 La postura de Nun (1969) dio lugar a un interesante debate con Cardoso (1971), en el que intervino posteriormente Quijano (1974).

En primer lugar, hay que destacar la crisis del empleo formal, referente central de los mercados laborales en la modernidad previa a la crisis de los 80 y sinónimo de empleo moderno. Esta crisis tiene una doble manifestación. Por un lado, hay que destacar el estancamiento del empleo público, que además se ha visto estigmatizado por la reforma del Estado, dejando de ser un espacio de constitución de actores sindicales con incidencia (Pérez Sáinz, 2003a). Y por otro lado, se requiere mencionar la precarización de las relaciones salariales que muestra, a la vez, una triple dimensión (Mora Salas, 2000): la desregulación laboral (Bulmer-Thomas, 1997; Lozano, 1998); la flexibilización de las condiciones de empleo a nivel de las empresas (Carrillo, 1995; De la Garza, 2000); y la crisis de la acción colectiva de orden laboral (Zapata, 1993; Murillo, 2001).

La segunda transformación, corolario de la primera, es que la pérdida de centralidad del empleo formal ha favorecido la emergencia de tendencias de exclusión laboral que predominan sobre las incluyentes. Además del estancamiento del empleo público y de la precarización de las relaciones salariales ya mencionadas, hay que destacar otras tres tendencias excluyentes: el carácter estructural que está adquiriendo el desempleo (Tokman, 1998; Stallings y Peres, 2000); el funcionamiento de la migración laboral internacional como mecanismo de ajuste de los mercados de trabajo (Funkhouser, 1992a, 1992b); y la persistencia del autoempleo de subsistencia, tanto en áreas rurales como urbanas, que tiende a constituirse en economía de la miseria (Pérez Sáinz, 2003a). Estas tres últimas tendencias expresan la emergencia de un nuevo tipo de excedente laboral signado por la exclusión social.¹⁴

Nuestra hipótesis al respecto es que la funcionalidad que tenía el excedente laboral con el proceso pasado de acumulación, y que hemos mencionado previamente, está difuminándose. Con el nuevo modelo acumulativo, la doble funcionalidad (“externalización” de actividades para abaratar costos sociales del trabajo y provisión de ciertos bienes y servicios salario) no parece tan necesaria. Así, la precarización de las relaciones salariales “desformaliza” el empleo, relativizando la primera de las funciones. Y la globalización del consumo, propiciada por la apertura de las economías,

14 También hay que mencionar una tercera transformación y que tiene que ver con el hecho de que aunque las tendencias excluyentes predominen, no significa que los mercados de trabajo hayan perdido su capacidad de inclusión. No obstante, esta, que en el pasado estaba ligada a la generación de empleo formal, se ha modificado dando lugar al fenómeno de la empleabilidad (Pérez Sáinz, 2003b).

también relativiza la segunda función. Es decir, el excedente laboral no es tan funcional al proceso acumulativo como antaño. De ahí que la exclusión no sea ajena al nuevo modelo; aún más, este fenómeno alcanza su expresión más depurada en el hecho de que contingentes del excedente laboral devienen innecesarios y, por tanto, prescindibles, configurándose como masa marginal (Pérez Sáinz, 2003a).

En cuanto a los regímenes de bienestar, hay que mencionar que, para el período modernizador previo, presentaban toda una serie de rasgos comunes a la región en sus tres componentes básicos. Así, la seguridad social se expandió tanto en términos de riesgos por cubrir como del porcentaje de fuerza de trabajo beneficiada. La protección del empleo era fuerte, acorde con la naturaleza conservadora y corporativa del empleo formal, especialmente para hombres. Y la salud y la educación públicas tenían pretensiones de universalidad, pero la primera estaba segmentada de una triple manera (seguro propio con provisión privada para los grupos de ingresos altos; seguridad social para los trabajadores formales y sus familiares; y un sector público cubriendo necesidades de los más pobres), y la segunda también presentaba rasgos de segmentación en el acceso, la calidad y, sobre todo, en los resultados. En este sentido, se ha señalado que este tipo de situación mostraba similitudes con los regímenes de bienestar del Sur de Europa, de ahí su calificación de conservador. Pero a este adjetivo se le añade el de informal por su cobertura limitada (Barrientos, 2004). Pero otros autores han argumentado la necesidad de diferenciar distintos tipos de situaciones. Así, Filgueira (1998) ha planteado la existencia de tres modelos de Estado Sociales en América Latina. El primero sería el universalismo estratificado (Argentina, Chile y Uruguay), donde se habrían alcanzado importantes niveles de “descomodificación” tanto en la oferta de servicios como en transferencias monetarias para población económicamente no activa, pero el acceso fue estratificado beneficiándose los trabajadores informales de manera más tardía y limitada. El segundo se caracterizaba como dualista (Brasil y México) y acentuó la estratificación, incorporando dimensiones territoriales, sin alcanzar el universalismo del primer tipo. Y el tercero habría sido el excluyente (Bolivia, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y República Dominicana), donde los beneficiados habrían sido muy pocos (empleados públicos y ciertos grupos ocupacionales) con la mayoría de la población excluida de todo tipo de beneficio.

Sea que haya enfatizado el carácter informal del tipo régimen (Barrientos, 2004) o que se haya argumentado la naturaleza estratificada uni-

versalidad, para algunos países (Filgueira y Filgueira, 2002), los regímenes de bienestar tuvieron un alcance limitado en la región. En este sentido, se puede postular que la ciudadanía social se construyó en la región por medio del empleo formal, lo cual supuso que su alcance fuera restringido (Mesa-Lago, 1994; Roberts, 1996). Por consiguiente, su crisis ha tenido consecuencias de menor magnitud en la generación de exclusión social.

No obstante, hay que señalar que con el paso a una modernización globalizada, se ha producido un giro desde lo que se califica como régimen de bienestar de tipo informal -conservador a otro liberal- informal (Barrientos, 2004). Se han dado reformas significativas en los sistemas de seguridad social. El empleo se ha desregulado de facto. En el campo de la salud ha habido expansión y fortalecimiento de la provisión privada, mientras en la educación ha acaecido descentralización, y si bien la privatización ha sido contenida por la oposición de los gremios magisteriales, las desigualdades educativas se han profundizado. Esto ha supuesto un giro desde su componente conservador hacia uno liberal, profundizando su otro componente, el informal, que se ha visto reforzado por la feminización del empleo. En este último sentido, Martínez Franzoni (2006) ha propuesto que en la tríada (Estado, mercado y familia) que componen los regímenes de bienestar, se considere con igual importancia a la familia como a los otros dos componentes. Y al respecto, propone que con los procesos de ajuste y el nuevo modelo acumulativo se habrían configurado, en la región, cuatro regímenes de bienestar: el informal-productivista (Argentina y Chile); informal-proteccionista (Brasil, Costa Rica, México, Panamá y Uruguay); informal-asistencial (Colombia, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Perú, República Dominicana y Venezuela); y altamente informal (Bolivia, Honduras, Nicaragua y Paraguay).¹⁵ Todos ellos tienen como denominar común el calificativo de informal, lo cual muestra la importancia del hogar en la generación de bienestar.

A partir de este conjunto de reflexiones, podemos avanzar una definición de exclusión social, que es la que utilizaremos al abordar nuestro caso de estudio. Este fenómeno designaría hogares en reproducción deficitaria porque no gozan de los beneficios de la ciudadanía social existente y su

15 Esta autora basa esta caracterización en siete dimensiones: acceso a ingresos; protección social; mercantilización de la protección social; mercantilización de la formación de capital humano; inversión pública; presencia de familia tradicional y empeño para producción del bienestar.

inserción en el mercado de trabajo pasa por el excedente laboral. De esta definición hay que destacar los siguientes elementos:

Primero, se identifica al hogar como la unidad de análisis de la exclusión social por ser el *locus*, por excelencia, donde este fenómeno se materializa. Esto supone que este fenómeno no se aplica a individuos aunque existan formas de exclusión individual que remitirían a otro tipo de fenómeno y problemática. Ni tampoco se aplica a grupos, como se postularía desde el enfoque de especialización que confunde este fenómeno con el de discriminación. Consideramos que esta es originariamente resultado de procesos de exclusión cultural que se acoplan a la exclusión social, reforzándose mutuamente.

Segundo, el término social remite al hecho de que estamos hablando de reproducción de población; en este caso, agrupada en hogares. Es esta dimensión reproductiva la que delimita y precisa el adjetivo que acompaña a la exclusión.

Tercero, esta es una definición que postula relaciones de causalidad. Por un lado, estaría el Estado por su ausencia en términos de ciudadanía social al desarrollar políticas sociales que no resultan universales. Y, por otro lado, estaría el proceso acumulativo que genera un excedente laboral de naturaleza estructural.

Y **cuarto**, es una definición que historiza el fenómeno de la exclusión social. Sus tres elementos están sujetos a cambios en el tiempo. Así, los hogares se transforman en función de los cambios en los arreglos familiares. También se modifican los contenidos y los ámbitos de la ciudadanía social así como la composición y funcionalidad del excedente laboral, como acabamos de argumentar.¹⁶

Con este conjunto de reflexiones, que nos han ayudado a precisar el término de exclusión social, ahora sí podemos argumentar por qué este término nos parece más pertinente para poder entender ese “núcleo de carácter despótico irreducible de la pobreza”. Al respecto hay tres razones que diferencian, de manera significativa, los conceptos de pobreza y exclusión social.

En primer lugar, la exclusión social, en tanto que representa la forma extrema de las desigualdades sociales, remite a una comprensión relacional de la sociedad, basada en el poder al contrario de la pobreza que, inde-

16 Con estas cuatro precisiones se responde a críticas importantes a la noción de exclusión, como las de Castel (1997) o la de Karsz (2004), referidas al uso que tiene este término en los análisis de denominada “nueva cuestión social” en Francia.

pendientemente del enfoque que se adopte (línea de pobreza, necesidades básica insatisfechas, pobreza humana, etc.), define a las carencias en términos de un cierto estándar de bienestar y, por tanto, de una comprensión no relacional. O sea, como señalamos en la introducción, la mirada de la sociedad desde la pobreza es seudocrítica: nos señala carencias sociales pero la óptica es mixtificadora. Esta diferencia es crucial, no solo en términos analíticos (visión relacional *versus* no relacional con todas sus consecuencias en términos de asumir al orden social como conflictivo o no), sino, también, de políticas. La reducción de la pobreza se basa en un voluntarismo moral, mientras que la superación de la exclusión implica redefinición de las relaciones de poder, algo mucho más complicado.

Segundo, la noción de pobreza y las políticas contra su reducción parten de la premisa de la existencia de una comunidad, normalmente la nacional, donde algunos sectores sociales están deficientemente incorporados, pero su integración adecuada es factible ya que es posible la movilidad social ascendente con las políticas apropiadas. La perspectiva de la exclusión, por el contrario, postula la fractura de la comunidad, apuntando la existencia de sectores que han sido dejados fuera de esta y, por tanto, dualización de la sociedad. Es decir, pobreza habla de ciudadanía social deficiente, mientras exclusión denuncia su ausencia.

Y, finalmente, como corolario de lo anterior, el enfoque de pobreza supone que hay posibilidades de superación de la pauperización a partir de la premisa de la movilidad social de los pobres, inducida por políticas correctas que generarían oportunidades al alcance de los más desposeídos para superar su postergación social. Por el contrario, desde la perspectiva de la exclusión social se cuestiona la premisa de la movilidad y se propone más bien que hay bloqueo en la superación de la pobreza, especialmente de la indigencia. Bloqueo cuya causa radica en la exclusión social, que es el rasgo definitorio crucial y pertinente.

Esta última observación constituye nuestra hipótesis de trabajo, la cual intentaremos verificar con la evidencia empírica del caso hondureño, pero antes es necesario que veamos cómo se manifiesta el fenómeno de la exclusión social en esa sociedad.

2. La exclusión social y sus manifestaciones en Honduras

A partir de las reflexiones analíticas desarrolladas en el apartado precedente, hemos procedido a operacionalizar nuestro concepto de exclusión social. Ante todo, debemos advertir que este ejercicio está limitado por la información existente sobre la cual se ha trabajado.¹⁷

En este intento operacionalizador, hemos tomado en cuenta tres dimensiones.¹⁸ La primera tiene que ver con la inserción en el mercado de trabajo, clasificando a la población económicamente activa (PEA) en términos de su pertenencia o no al excedente laboral. En esta primera dimensión, recuperamos la importancia de la exclusión laboral. Una segunda dimensión tiene que ver con los alcances de ciudadanía social, referidos al acceso de algunos servicios públicos básicos. Y, además, se ha incorporado una tercera dimensión que remite al nivel de escolaridad de la PEA y que articula lo laboral con lo estatal en tanto que la educación es mayoritariamente pública.¹⁹

Las características de estas tres dimensiones se reflejan en el cuadro 1, diferenciándolas por tres tipos de territorialidades que son, analíticamente, pertinentes para la realidad hondureña.²⁰

17 Se trata de la base de datos de la vigésimo novena encuesta permanente de hogares de mayo del 2004.

18 En el anexo metodológico se explicita la construcción de un índice de exclusión/inclusión y su posterior segmentación en niveles.

19 Esta tercera dimensión refleja también dinámicas de integración laboral, o sea, sería una *proxi* del fenómeno de la empleabilidad y de las capacidades de movilidad ocupacional.

20 En el siguiente apartado justificaremos esta diferenciación territorial.

Cuadro 1
Honduras: dimensiones de exclusión social por
dominio territorial (2004)

Dimensiones de exclusión social	Áreas metropolitanas	Resto urbano	Zonas rurales	Total	p<*
Ámbitos ocupacionales (%)					
-Incluyentes	37,9	26,7	11,6	21,6	,000
-Intermedios	29,1	28,5	22,6	25,7	
-Excluyentes	31,0	42,6	65,1	51,3	
-Sin clasificar	1,9	2,3	0,8	1,4	
Escolaridad de la población económicamente activa (promedio en años)	9,0	7,5	5,0	6,7	,000
Servicios públicos (%)					
-agua	52,5	55,5	5,9	29,4	,000
-alumbrado	96,4	90,4	37,8	64,7	,000
-alcantarillado	77,9	39,3	3,6	29,4	,000

* Prueba chi-cuadrado para variables no métricas y análisis de varianza para variables métricas

Fuente: Encuesta permanente de hogares, 2004.

La parte superior remite a la dimensión laboral de la exclusión social, donde se aprecia que la mitad de la PEA hondureña se encuentra dentro del polo excluyente del mercado de trabajo.²¹ Este porcentaje se eleva a dos tercios en zonas rurales, mientras disminuye a menos de un tercio en las áreas metropolitanas. Lo inverso acaece en términos del polo incluyente. Es decir, la exclusión laboral se muestra como un fenómeno más acentuado fuera de las dos grandes ciudades, especialmente en zonas rurales.

La segunda parte del cuadro nos muestra que, en promedio, la fuerza laboral hondureña, en términos de la *proxi* utilizada, tiene muy poca capacidad de empleabilidad. De nuevo, las diferencias territoriales son marcadas: mientras que en las áreas metropolitanas el promedio se acerca a la secundaria completa, en las zonas rurales no alcanza la primaria completa.

Finalmente, se toma en cuenta la dimensión estatal por medio de servicios básicos. En términos nacionales, con la excepción del alumbrado, los otros dos servicios tienen una cobertura deficiente, donde tal cobertura tiende a generalizarse en las áreas metropolitanas, aunque casi la mitad de la población de Tegucigalpa y San Pedro no tiene acceso a agua por medio de la red pública.²² Pero son las zonas rurales las que muestran una práctica ausencia del Estado especialmente en los casos de agua y alcantarillado.

A partir de estas tres dimensiones²³, se han logrado identificar cinco niveles que hemos calificado de la siguiente manera: exclusión alta (19,3% de los hogares); exclusión media (28,5%); exclusión/inclusión, baja (27,5%); inclusión media (15,5%); e inclusión alta (9,2%).²⁴ Es decir, más de cuatro hogares sobre diez se encuentran en situación de exclusión mien-

21 Este polo está constituido por los siguientes ámbitos ocupacionales: salarización altamente precaria, autoempleo de subsistencia, trabajo no remunerado y desempleo. Por su parte, el polo incluyente lo configuran la salarización no precaria, el autoempleo dinámico y los patronos de establecimientos grandes (de 10 y más personas). El resto de ámbitos (las salarizaciones con precariedad baja y media y el autoempleo intermedio) se ubican entre estos dos polos (en el anexo metodológico se especifican la construcción de estas categorías). Como se puede observar, esta propuesta no toma en cuenta categorías como las de formal e informal ya que las consideramos analíticamente obsoletas. Para una justificación teórica de las categorías utilizadas, véanse Pérez Sáinz (2003a) y Pérez Sáinz y Mora Salas (2004).

22 La situación se agrava si se tiene en cuenta que apenas el 3,7% de los hogares tiene una provisión permanente de agua.

23 Este índice ha sido elaborado mediante un análisis factorial al que le ha seguido un análisis de *clusters* para establecer los niveles de exclusión/inclusión. En el anexo metodológico se especifican estos procedimientos.

24 El restante 10,9% de los hogares no se ha podido clasificar en términos de esta escala por falta de información de algunas de las variables definitorias.

tras apenas un cuarto se puede considerar incluido, estando los restantes en una posición marcada por la ambivalencia.

3. Exclusión social y bloqueo de la superación de la pobreza extrema en Honduras

Una vez construida la variable de exclusión social, el interrogante que surge de inmediato es el siguiente: ¿no estaremos etiquetando de manera distinta el término pobreza? O sea, ¿no estaremos atrapados en un problema clásico de nominalismo? Responder a estos interrogantes supone intentar verificar nuestra hipótesis del bloqueo, o sea cómo la exclusión representa un lastre insuperable para los hogares en indigencia que, aunque las políticas de reducción de la pobreza sean exitosas, no les permite superar su condición de postergación social. De esta manera, vamos a incursionar en ese “núcleo irreducible”, que señalaba Sen, pero que pensamos no hay que interpretar en términos de pobreza, sino de algo más “despótico”: la exclusión social.

Para ello hemos seguido una estrategia metodológica cuyo siguiente paso ha consistido en especificar modelos multivariados, que nos permitan estimar probabilidades de pasar de la pobreza extrema a la pobreza relativa. Esto supone recurrir a modelos de tipo logístico, donde la variable dependiente es dicotómica y contiene las dos categorías de pauperización. Tras numerosas exploraciones, hemos identificado tres modelos que contienen las variables determinantes en el paso de la pobreza extrema a pobreza relativa para sendas territorialidades (áreas metropolitanas, resto urbano y áreas rurales).²⁵ Estos resultados se reflejan en el cuadro 2.

25 Se comenzó con un modelo de alcance nacional que luego se aplicó a los cinco dominios territoriales que permite la base de datos: Tegucigalpa, San Pedro Sula, ciudades intermedias, ciudades pequeñas y zonas rurales. Posteriormente, para recuperar las especificidades territoriales, se exploraron modelos específicos para cada uno de estos dominios, pero los resultados de San Pedro Sula no resultaron muy consistentes. Finalmente, se optó por modelos específicos, pero redefiniendo los dominios en tres territorialidades. Cada modelo contiene solo variables independientes que resultaron estadísticamente significativas y con el signo del coeficiente esperado. En el anexo estadístico se pueden consultar los modelos.

Cuadro 2
Honduras: modelos de regresión logística de paso de la
pobreza extrema a la pobreza relativa por dominio territorial (2004)

Variable	Áreas metropolitanas	Resto urbano	Zonas rurales
Tasa de participación laboral	++	++	++
Nivel educativo del/de la jefe/a			
-Primaria incompleta	+	+	n.s
-Secundaria incompleta	++	++	+
-Secundaria y más	++	++	++
-Ignorada	++	n.s	n.s
Niveles de exclusión			
-Exclusión media	n.s	+	++
-Exclusión/inclusión baja	n.s	++	++
-Inclusión media	++	++	n.s
-Inclusión alta	+	++	
-Ignorado	n.s	n.s	+
N.º de menores			
Jefatura femenina	--		
N.º de empleadas domésticas	--		
N.º de empleados en sector privado	--	--	--
N.º de ocupados en empresa de tamaño ignorado	++	-	
N.º de ocupados en otros servicios		++	++
N.º de empleados en sector público	-	-	++
	++	+	
N.º de desempleados	--		
Ciudades pequeñas			
N.º de ocupados en empresa pequeña		--	
N.º de ocupados en agricultura		++	
N.º de trabajadores no remunerados		--	
N.º de ocupados en producción de granos básicos			--
N.º de ocupados en producción agrícola ignorada			--
Constante	-	--	--
Significación del modelo	,000	,000	,000
Nagelkerke R-cuadrado	,285	,391	,234
Porcentaje de aciertos	70,0	75,1	72,8
Valor del corte	,590	,470	,135

++ Asociación positiva con $p < .01$ + Asociación positiva con $p < .05$

-- Asociación inversa con $p < .01$ - Asociación inversa con $p < .05$

n.s. No significativa

Fuente: Anexo estadístico: cuadros 1, 2 y 3.

Antes de abordar la interpretación de los resultados, es importante explicar cómo se ha organizado su presentación en este cuadro. El primer bloque se refiere a variables que son comunes a los tres modelos y que, por tanto, serían las que tendrían más universalidad. El siguiente bloque contiene las variables comunes a dos modelos y le siguen los bloques de las variables que expresan la especificidad territorialidad correspondiente. Se finaliza la presentación con algunos estadísticos que reflejan la bondad de ajuste de cada modelo.

Pensamos que la interpretación más accesible de este cuadro es la que supone una lectura por columnas, o sea, que interpreta cada modelo por separado.

Las probabilidades de superar la pobreza extrema en áreas metropolitanas dependen, en primer lugar, de incrementar la tasa de participación laboral del hogar, pero esta inserción en el mercado de trabajo tiene que tener lugar en los sectores privado y público y evitar el ámbito del empleo doméstico. En el mismo sentido, hay que mencionar que tales probabilidades se reducen de manera significativa con la existencia de personas desempleadas en el respectivo hogar y, en menor medida, ocupándose en “otros servicios”.²⁶ También, en el sentido de consolidación de la pobreza extrema, operan las cargas domésticas y la condición femenina de la jefatura. El nivel educativo de la jefatura tiene incidencia positiva que deviene más fuerte cuando se logra completar la primaria. Y la inclusión social comienza a operar cuando se logra alcanzar su nivel medio.

Como en el modelo anterior, en el resto del sistema urbano incrementar la tasa de participación laboral del hogar aumenta las probabilidades de superar la indigencia, siempre y cuando el empleo se ubique en establecimientos de tamaño grande²⁷ o pequeño (de cinco a nueve personas) o en el sector público. Por el contrario, el empleo doméstico, no remunera-

26 Esta categoría es sui géneris por la manera en que fue construida en la base datos ya que en la categoría de servicios se incluyó todo el empleo público y el empleo doméstico. En nuestro procesamiento, depuramos estos dos componentes, y el resto, que se refiere a servicios de tipo personal distintos del doméstico, lo calificamos de “otros servicios”.

27 La variable es “número de ocupados en empresa de tamaño ignorado”. Al respecto hay que señalar que el Instituto Nacional de Estadística, recodificó la mayoría de estos casos como correspondientes a establecimientos de 10 y más trabajadores. En los modelos esta variable se comporta muy similar a la de empresas de tamaño grande que, debido a los pocos casos válidos, no resulta significativa en ninguno de los tres modelos. Por consiguiente, se puede interpretar esta variable de tamaño ignorado del establecimiento como empresa de tamaño grande.

do o en agricultura, reducen tal probabilidad. Tanto el nivel educativo de la jefatura como los niveles de exclusión operan a lo largo de las escalas establecidas, incrementando las posibilidades de superar la pobreza extrema. Y esta superación es mayor en las ciudades intermedias que en las pequeñas.

Finalmente, en las zonas rurales también el incremento de la tasa de participación laboral aumenta las posibilidades de superar la pobreza extrema. Pero, en este caso, los resultados sugieren que tal inserción debería realizarse en el sector privado y en establecimientos de tamaño grande y no en agricultura de granos básicos o en otras actividades agrícolas ignoradas (supuestamente caracterizadas por su baja productividad). Como en las áreas metropolitanas, las cargas domésticas tienen impacto negativo. Por su parte, la educación del/de la jefe/a comienza a incidir a partir de la secundaria y la exclusión muestra una escala más reducida sin presencia significativa de los niveles superiores de inclusión.

El cuadro, en su parte inferior, nos muestra algunas características de los tres modelos. Todos son significativos, pero parecería que el referido al resto urbano es que tiene mayor capacidad de explicación. Al respecto, recuérdese que donde se muestran diferencias más nítidas al interior de las dos variables categóricas (nivel educativo de la jefatura y niveles de exclusión) es en esta territorialidad. Los porcentajes de casos bien clasificados son similares entre los tres modelos, pero los valores de corte varían.²⁸ Este dato es fundamental para los ejercicios de simulación que haremos más adelante. La información nos insinúa que el esfuerzo por superar la pobreza extrema disminuye según nos movemos de contextos más urbanizados a los rurales. Pero, al respecto, no hay que olvidar que los recursos disponibles para superar la indigencia son más escasos en estas zonas que en áreas urbanas, especialmente las metropolitanas.

Concluamos haciendo un par de observaciones sobre la variable clave en nuestro análisis: los niveles de exclusión. Por un lado, es una variable, junto con la tasa de participación laboral y con el nivel educativo de la persona que ejerce la jefatura, de alcance universal y consistente; o sea, en las tres territorialidades consideradas resulta una variable significativa y se comporta en el sentido esperado. Pero, por otro lado, la incidencia

28 Este porcentaje se refiere a la coincidencia entre valores observados (los existentes en la base de datos) y valores predichos por el modelo. El punto de corte es el valor de la probabilidad que maximiza este porcentaje de aciertos. (Inicialmente, el modelo opera con una probabilidad de 0,5).

de esta variable, según sus diversos niveles, es distinta en cada territorialidad. Así, en el caso de la parte inferior del sistema urbano, el impacto sobre la superación de la pobreza extrema se diferencia según cada uno de los cinco niveles. Por el contrario, en las áreas metropolitanas la diferencia deviene significativa solo a partir del nivel de inclusión media. Y en las zonas rurales los niveles superiores de inclusión no tienen apenas peso por lo que no resultan significativos.²⁹

Estos resultados nos anuncian que en los ejercicios de simulación para verificar la hipótesis del bloqueo que vamos a abordar inmediatamente, la exclusión tendrá una capacidad de obstrucción territorialmente diferenciada.³⁰

Primeramente, debemos explicitar la lógica que hemos seguido en los ejercicios de simulación.³¹ Comenzamos por mostrar un caso empírico, en concreto aquel cuya probabilidad de superar la pobreza extrema es la más baja. Se reflejan las características socio-demográficas, laborales y de exclusión de acuerdo con el modelo respectivo que analizamos en el cuadro precedente. Este caso juega una función de mero referente. A partir de ahí, realizamos dos simulaciones.

La primera ha consistido en cambiar el perfil de los hogares indigentes, atribuyéndoles las características de hogares de pobres relativos, construyendo así un caso no empírico. Esto implica aceptar un supuesto fuerte: las políticas de reducción de la pobreza resultan exitosas, induciendo cambios de tipo estructural. O sea, nos ubicamos en una situación donde, en principio, se niega la existencia de bloqueo y se apuesta claramente por la movilidad social ascendente. El perfil se construye con valores modales para variables no métricas y promedios para las métricas, pero referidos

29 De ahí que el nivel de inclusión media no sea significativo y que el modelo no haya considerado el nivel de inclusión alta por ausencia de un número mínimo de casos. En efecto, apenas el 2,7% y el 0,5% de los hogares pobres localizados en zonas rurales se encuentran en niveles de inclusión media e inclusión alta, respectivamente.

30 La lógica de este tipo de simulación consiste en estimar una probabilidad (en este caso de superar la pobreza extrema) a partir de un algoritmo que expresa la ecuación de la regresión logística. O sea, los coeficientes y la constante son los estimados por la regresión logística y lo que varía, con la simulación, son los valores de las variables independientes del modelo.

31 Esta propuesta se inspira, metodológicamente, en el análisis de simulaciones realizado por Cortés (1997) sobre pobreza en México.

solo a la mitad de los pobres relativos, o sea, del conjunto de hogares en tal situación cuyo ingreso per cápita es igual o inferior a la mediana.³²

En esta primera simulación, no obstante, no se ha afectado nuestra variable analítica clave: niveles de exclusión/inclusión. Su modificación nos lleva a una segunda simulación. Con los perfiles ya transformados se ha simulado cómo se incrementa la probabilidad según se pasa del nivel de exclusión alta, al de exclusión media, al de exclusión/inclusión baja, al de inclusión media y al de inclusión alta. Si con el primer nivel los cambios de la simulación primera arrojan ya una probabilidad igual o superior al punto de corte, hay que rechazar la hipótesis del bloqueo puesto que la exclusión, incluso en su nivel más alto, no afecta la probabilidad de superar la pobreza extrema. De lo contrario se verifica.³³

El cuadro 3 nos muestra los resultados de este ejercicio para el caso de las áreas metropolitanas del país.³⁴

32 Al respecto, es importante señalar que este cambio de perfil se puede realizar de distintas maneras. La primera es atribuir las modas, en el caso de variables métricas, de los hogares pobres relativos a los indigentes; y en el caso de variables métricas se asignan promedios. Esto último conlleva el problema de dispersión y de promedios altos que generan probabilidades también altas. Una posibilidad de corrección es utilizando medianas en lugar de promedios; pero el resultado es el opuesto ya que se generan probabilidades bajas. En este sentido, hemos optado por una solución intermedia: hemos utilizado promedios, pero de la mitad de los pobres relativos, o sea, del conjunto de hogares cuyo ingreso per cápita es igual o inferior a la mediana.

33 Hay que tener en cuenta también si el respectivo nivel resultó o no significativo en relación con la categoría de referencia (la exclusión alta). Para ello se puede consultar el cuadro 2.

34 Los cuadros de simulación se pueden consultar en el anexo estadístico.

Cuadro 3
Honduras: simulaciones de superación de la pobreza
extrema por dominio territorial (2004)

Perfiles	Áreas metropolitanas	Resto urbano	Rural
Caso empírico extremo	Sin menores y jefatura femenina sin escolaridad	Jefatura masculina sin escolaridad y residencia en ciudad pequeña	5 menores y jefatura con escolaridad ignorada
-Características socio-demográficas			
-Características laborales	TPL* = ,143 1 empleada doméstica y 3 desempleados	TPL* = ,429 2 trabajadores no remunerados y 3 en agricultura	TPL* = ,455 1 en granos básicos y 4 en actividades agrícolas ignoradas
-Exclusión/inclusión	Exclusión baja	Exclusión alta	Exclusión alta
-Probabilidad	,002	,007	,001
Caso simulado (modas y promedios)	Menores (1,42) y jefatura masculina con secundaria incompleta	Jefatura masculina con secundaria incompleta y residencia en ciudad intermedia	Menores (1,42) y jefatura con primaria incompleta
-Características socio-demográficas			
-Características laborales (empleos principales)	TPL* = ,355 Sector privado (1,095) Desempleo (,207)	TPL* = ,375 Establecimiento tamaño ignorado (,719)	TPL* = ,357 Sector privado (1,015) Actividades agrícolas ignoradas (,612)
-Simulación de exclusión laboral (probabilidad)	Exclusión alta (,402) Exclusión media (,634)** Exclusión baja (,675)**	Establecimiento pequeño (,352) Exclusión alta (,337) Exclusión media (,483)**	Exclusión alta (,099)
Probabilidad de superación	,590	,470	,135

*TPL= Tasa de participación laboral

** No significativa

Fuente: Anexo estadístico, cuadros 4, 5 y 6 .

En las dos ciudades grandes del este país, el caso empírico extremo muestra un hogar sin menores, pero encabezado por una mujer sin escolaridad alguna. La tasa de participación laboral es muy baja y las inserciones en el mercado de trabajo son claramente reproductoras de la indigencia: una persona empleada como doméstica y otras tres desocupadas. La exclusión, no obstante, se muestra como baja, pero la probabilidad de esta unidad doméstica de superar la pobreza extrema es muy remota.

El caso simulado nos muestra cambios en todas las dimensiones socio-demográficas: un promedio de casi un menor y medio; jefatura masculina; y un entorno educativo de secundaria incompleta. En lo laboral también hay cambios, empezando por un incremento de la tasa laboral y una alta inserción en el empleo privado que incrementa la probabilidad de superar la indigencia, pero la amenaza del desempleo se mantiene. De todas las maneras, este tipo de hogar debe superar todo tipo de exclusión, incluida la baja, para escapar de la pobreza extrema; de lo contrario, queda bloqueado y recluido en ella.

Por su parte, el escenario del resto del sistema urbano muestra un caso empírico extremo, en el que, en términos socio-demográficos, hay que destacar tres rasgos: jefatura masculina sin escolaridad y residencia en un centro urbano pequeño. La tasa de participación laboral muestra que casi por cada persona que no está empleada hay otra que sí lo está. La inserción es en la agricultura y de las tres personas reportadas, dos no están remuneradas. O sea, se pensaría que se está ante un ejemplo de economía campesina familiar de subsistencia, pero residente en un pueblo pequeño que, obviamente, se encuentra en situación de exclusión alta y con muy pocas probabilidades de superar su condición de indigencia.

La simulación no cambia la condición masculina de la jefatura, pero sí los otros dos rasgos socio-demográficos: el entorno educativo es de secundaria incompleta y la residencia se ubica en una ciudad intermedia. La tasa de participación laboral desciende levemente, pero el gran cambio en lo laboral se opera en términos de los empleos más frecuentes que acaecen en establecimientos pequeños y en empresas grandes con impactos positivos en la superación de la pobreza extrema. No obstante, para lograr tal superación es necesario que este tipo de hogar no esté signado ni por la exclusión alta ni por la media; de lo contrario, se encuentra bloqueado para superar la indigencia.

Finalmente, las zonas rurales muestran, como caso empírico extremo, un hogar con una alta carga demográfica, cinco menores, y una jefatura

con escolaridad ignorada que es una categoría que no muestra diferencias con ausencia de escolaridad alguna. La tasa de participación laboral muestra que casi la mitad de esa unidad doméstica está incorporada al mercado de trabajo, pero esa inserción se hace en actividades agrícolas de muy baja productividad. De nuevo, se puede sospechar de una economía campesina de subsistencia. La exclusión de este hogar es alta y se encuentra muy alejado de superar su condición de indigente.

La simulación introduce ciertos cambios en lo socio-demográfico: descenso de la carga demográfica a un menor y medio, en promedio, y entorno escolar de primaria incompleta. Hay un descenso de la tasa de participación laboral y se mantiene la inserción en actividades agrícolas ignoradas que suponemos de baja productividad. El gran cambio lo constituye que, en promedio, en este tipo de hogares hay una persona empleada en el sector privado, lo que tiene un impacto positivo en la superación de la indigencia. Pero esta superación requiere que el hogar no permanezca en situación de exclusión alta, de lo contrario, se verá bloqueado en la indigencia.

Por consiguiente, en las tres territorialidades identificadas se ha podido verificar la hipótesis del bloqueo de la superación de la pobreza extrema por la incidencia de la exclusión, pero esta incidencia es diferenciada según el dominio territorial de que se trate, como hemos podido constatar.

Para completar el análisis de los datos, sería pertinente tanto estimar la magnitud de este fenómeno de bloqueo así como explorar los perfiles de estos hogares indigentes condenados a la postergación social. La magnitud la podemos observar en el cuadro 4.

Cuadro 4
Honduras: magnitud de hogares pobres extremos bloqueados por exclusión social por dominio territorial (2005)

Dominio territorial	N.º de hogares en pobreza extrema	% de hogares bloqueados
Áreas metropolitanas	31.556	11,8
Resto urbano	54.556	17,2
Zonas rurales	123.737	25,6
Total	209.849	19,6

Fuente: Encuesta permanente de hogares, 2004.

Hay que destacar tres observaciones. La primera es que un quinto del total de los hogares hondureños se encuentran no solo en pobreza extrema, sino bloqueados, sin posibilidades de superar su situación de indigencia. O sea, su condición es de exclusión extrema. Este porcentaje se eleva a casi la mitad (47,2%) de las unidades domésticas indigentes. Segundo, el 59,0% de estos hogares bloqueados se ubican en zonas rurales. Además, y esta es la tercera observación, la incidencia relativa del bloqueo se asocia inversamente al nivel de urbanización. Es decir, el bloqueo tanto en términos absolutos como relativos, es predominantemente un fenómeno rural y, al respecto, se puede pensar en la inercia histórica de la exclusión originaria.

Por su parte, el cuadro 5 nos ofrece los perfiles de estos hogares. Perfiles que hemos concentrado en las dimensiones que definen la exclusión social.³⁵

³⁵ Para estos perfiles hemos utilizado promedios para variables métricas y modas para el resto de variables.

Cuadro 5
Honduras: perfiles de exclusión social de hogares pobres
extremos bloqueados por exclusión social por dominio
territorial (2004)

Dimensiones de exclusión social	Áreas metropolitanas	Resto urbano	Zonas rurales
Inserción laboral -promedio de ocupados -categorías ocupacionales principales	1,53 Autoempleo de subsistencia (0,73) Desempleo (0,35)	1,74 Autoempleo de subsistencia (0,98) Salarización con precariedad alta (0,40)	2,04 Autoempleo de subsistencia (1,11) Salarización con precariedad alta (0,71)
Promedio de años de escolaridad de la PEA	5,7	4,4	3,1
Servicio básicos (%)			
-alumbrado	90,2	74,2	11,9
-agua	36,8	38,7	2,2
-sanitario	52,4	7,8	0,0

Fuente: Encuesta permanente de hogares, 2004

Comenzando con la dimensión laboral, se puede observar que hay diferencias, según territorialidad, en las posibilidades ocupacionales de este tipo de hogares. Pero estas diferencias son aparentes ya que el tipo de categorías ocupacionales que predominan corresponden a componentes del excedente laboral. Así, en los centros metropolitanos destaca el autoempleo de subsistencia que se combina con el desempleo, y en el resto del país, predomina el autoempleo de subsistencia combinado con la salarización, pero de alta precariedad. Es decir, todas estas inserciones están signadas

inequívocamente por la exclusión laboral y nos insinúa la presencia de una economía de la miseria (excluidos produciendo para excluidos).

La segunda dimensión refleja, de manera muy gruesa, las posibilidades de empleabilidad de esta fuerza de trabajo. Como se puede observar, los niveles de escolarización no alcanzan incluso a la primaria completa, y en las zonas rurales es tremendamente deficitario. De nuevo, las carencias son patentes y las capacidades de empleabilidad de estos hogares son muy limitadas, lo que insinúa serias dificultades para superar su condición de excedente laboral.

Finalmente, la tercera dimensión nos remite a la dimensión estatal. Como era de esperar, las áreas metropolitanas son las que muestran una mayor y mejor cobertura de servicios públicos. No obstante, hay déficits que no se pueden ignorar en términos de sanitario y, sobre todo, en la provisión de agua. La situación se deteriora en las ciudades intermedias y pequeñas, sobre todo en términos de sanitario por ausencia de red pública de alcantarillado. Pero donde la situación resulta calamitosa es en las zonas rurales, donde se puede afirmar que la presencia estatal, en términos de este conjunto de servicios públicos, es prácticamente inexistente.

Por consiguiente, este conjunto de hogares bloqueados muestran perfiles inequívocos de exclusión social, incluso en sus manifestaciones más trágicas. Es decir, el bloqueo es sinónimo de exclusión social extrema.

5. Conclusiones

Como se ha mencionado, la verificación de la hipótesis del bloqueo de la superación de la pobreza extrema por la exclusión era la cuestión clave que guiaba el análisis del presente texto. Con ella se plantea que la premisa de las posibilidades de movilidad social para los pobres, inducidas por políticas correctas que generarían oportunidades al alcance de los más desposeídos para superar su condición social, no parece ser realista. Esto plantea dudas sobre el enfoque de pobreza para analizar ese núcleo irreducible de pauperización. Y como corolario de lo anterior, se sugiere que el enfoque de exclusión social parece tener más pertinencia para abordar analíticamente este fenómeno. De esta manera, no solo se cuestiona la premisa de la movilidad, mostrando que esta solo es posible si se ha superado cierto nivel de exclusión, sino que también nos está sugiriendo que la comunidad nacional está fracturada. Hay sectores que no gozan de ciuda-

danía social y están condenados a una economía de miseria por lo que se puede postular que estamos ante una sociedad dual.

Además, a estas consecuencias hay que añadir algo aún más importante: el enfoque de exclusión nos está recordando que la pobreza es una relación social y que no puede ser definida respecto a un estándar por muy multidimensional que sea. Es decir, el enfoque de exclusión nos habla de bloqueo, ausencia de ciudadanía y, sobre todo, de carencia de poder. Por consiguiente, el enfoque de exclusión social muestra una mayor capacidad explicativa de ese “núcleo de carácter despótico irreducible de la pobreza”. Aún más, nos está posibilitando una visión crítica de la sociedad. De hecho, postularíamos que la exclusión social es uno de los tres fenómenos básicos que definen a las sociedades latinoamericanas en la actual modernización globalizada. Los otros dos serían, por un lado, la transnacionalización de las élites, y por otro lado, la fragmentación de los sectores medios (Pérez Sáinz y Mora Salas, 2004).

Asimismo, este fenómeno de la exclusión está generando respuestas que constituyen problemáticas sociales claves de hoy en día. Al respecto, se pueden señalar, al menos, tres:

- La primera es la salida y se expresa en la migración internacional. La exclusión social se prolonga en el país de destino, reforzándose con la exclusión cultural que afecta a los foráneos, dando lugar a serios problemas de discriminación. Pero dado el carácter paradójico del fenómeno migratorio, por medio de las remesas habría una reinclusión simbólica en el país de origen, convirtiéndose, gracias a la actual glorificación de las remesas, de villanos emigrantes en héroes remesores.³⁶
- La segunda respuesta conlleva la resignación y la aceptación del orden social, implicando la naturalización de las desigualdades, facilitada por ciertas cosmovisiones religiosas. Esta sería una respuesta en la que la exclusión social es visualizada como “proceso natural”, generándose, desde algunos sectores subalternos, un nuevo imaginario social.

36 Esta glorificación no solo tiene una dimensión simbólica, sino, también, una material muy concreta: el intento de apropiación por el capital financiero del flujo de remesas que constituye el esfuerzo históricamente más importante de ahorro en estas sociedades. Apropiación que puede redefinir la base del poder y refundar el orden capitalista como ha acaecido en El Salvador, donde la tierra no es más el fundamento del poder.

• Y la tercera es la violencia que contesta abiertamente las desigualdades y la dualización de la sociedad, desatando dinámicas sociales cuyas consecuencias disgregadoras no podemos aún vislumbrar. Al respecto hay que mencionar que el consumismo agresivo de la globalización actúa como una especie de “hipersocialización” que se impone a los procesos socializadores tradicionales (familia, escuela y trabajo), que en el contexto de la exclusión, se ven debilitados. De esta manera, los valores se centran en torno al individualismo y las normas se basan en el oportunismo; y así se generan expectativas que los ingresos laborales, signados por la exclusión, no pueden satisfacer. La transgresión, con la violencia que la acompaña, aparece como la estrategia factible para absorber este déficit de expectativas consumistas.

Por consiguiente, la exclusión social plantea un gran desafío para las sociedades de la región: ¿es posible preservar y desarrollar la democracia en un mundo de desigualdades sociales crecientes y de institucionalización de la exclusión?

Bibliografía

- Auleta, K. (1982): *The Underclass* (New York, The Random House).
- Barrientos, A. (2004): Latin America: towards a liberal-informal welfare regime, en I-gough y G.Wood (ed.): *Insecurity and Welfare Regimes in Asia, Africa and Latin America* (Cambridge, Cambridge University Press).
- Bennholdt-Thomsen, V. (1981): “Marginalidad en América Latina: una crítica de la teoría”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. XLIII, N.º 4.
- Behrman, J. R.; Gaviria, A. y Székely, M. (2003): Social Exclusion in Latin America: Perception, Reality and Implication, en J.R. Behrman, A. Gaviria y M. Székely (eds.): *Who's In and Who's Out. Social Exclusion in Latin America* (Washington, Inter-American Development Bank).
- Bulmer-Thomas, V. (1997): “Introducción”, en V. Bulmer-Thomas (comp.): *El nuevo modelo económico en América Latina. Su efecto en la distribución del ingreso y en la pobreza*, (México, Fondo de Cultura Económica).
- Cardoso, F. H. (1971): Comentários sobre os conceitos de superpopulação relativa e marginalidade, *Estudos CEBRAP*, N.º 1.
- Carrillo, J. (1995): “La experiencia latinoamericana del justo a tiempo y del control total de calidad”, *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, N.º 1.

- Castel, R. (1997): *La metamorfosis de la cuestión social. Crónica del salariado*, (Buenos Aires, Paidós).
- Cortés, F. (1997): “Determinantes de la pobreza de los hogares. México, 1992”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol.59, N.º 2.
- De Haan, A. (1999): Social Exclusion: Towards an Holistic Understanding of Deprivation, *Paper* presentado al World Development Report 2001 Forum on “Inclusion, Justice and Poverty Reduction).
- De Janvry, A. (1981): *The agrarian question and reformism in Latin America*, (Baltimore, The Johns Hopkins University Press).
- De la Garza, E. (2000): La flexibilidad del trabajo en América Latina, en E. de la Garza (coord.): *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*, (México, El Colegio de México/FLACSO/UAM/Fondo de Cultura Económica).
- Figuroa, A. (2000): La exclusión social como una teoría de la distribución, en E. Gacitúa, C. Sojo y S. H. Davis (eds.): *Exclusión social y reducción de la pobreza en América Latina y El Caribe*, (San José, FLACSO/Banco Mundial).
- Filgueira, F. (1998): El nuevo modelo de prestaciones sociales en América Latina: Eficiencia, residualismo y ciudadanía estratificada, en B. Roberts (ed.): *Centroamérica en reestructuración. Ciudadanía y política social*, (San José, FLACSO/SSRC).
- Filgueira, C.H. y Filgueira, F. (2002): Models of Welfare and Models of Capitalism: The Limits of Transferability, en E. Huber (ed.): *Models of Capitalism. Lessons for Latin America*, (University Park, The Pennsylvania State University Press).
- Fitoussi, J.P. y Rosanvallon, P. (1997): *La nueva era de las desigualdades*, (Buenos Aires, Ediciones Manantial).

- Funkhouser, E. (1992a): “Mass Emigration, Remittances, and Economic Adjustment: The case of El Salvador in the 1980s, en G. Borjas and R. Freeman (eds.): *Immigration and the Work Force: Economic Consequences for the United States and Source Areas*, (University of Chicago Press).
- _____ (1992b): “Migration from Managua. Some Recent Evidence”, *World Development*, Vol.20, N.º 8.
- Gacitúa, E. y Davis, S. H. (2000): Introducción. Pobreza y exclusión social en América Latina y El Caribe, en E. Gacitúa, C. Sojo y S.H. Davis (eds.).
- INE (2004): *Vigésima Novena Encuesta Permanente de Hogares*, (Tegucigalpa, INE).
- Karsz, S. (2004): La exclusión: concepto falso, problema verdadero, en S. Karsz (ed.): *La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y matices*, (Barcelona, Gedisa).
- Lozano, W. (1998): “Desregulación laboral, Estado y mercado en América Latina: Balance y retos sociopolíticos”, *Perfiles Latinoamericanos*, N.º 13.
- Marshall, T.H. (1998): Ciudadanía y clase social, en T.H. Marshall, T.H. y T. Bottomore: *Ciudadanía y clase social*, (Madrid, Alianza Editorial).
- Martínez Franzoni, J. (2006): Regímenes de bienestar en América Latina: ¿cuáles y cómo son?, *Ponencia* presentada al XXVI Congreso de Latin American Studies Association, San Juan, Puerto Rico, 13 al 17 de marzo.
- Mesa-Lago, C.(1994): *Changing Social Security in Latin America. Towards Alleviating the Social Costs of Economic Reform*, (Boulder, Lynne Rienner).

- Mora Salas, M. (2000): Tendencias de precarización de empleo en América Latina, *Ponencia* presentada al Seminario “Latin American Labor and Globalization: Trends Following a Decade of Economic Adjustment”, organizado por el Social Science Research Council y FLACSO-Costa Rica, San José, Costa Rica, 10 y 11 de julio.
- Morris, L. (1994): *Dangerous classes. The underclass and social citizenship*, (London, Routledge).
- Murillo, M.V. (2001): “La encrucijada del sindicalismo latinoamericano”, *Política y Gobierno*, Vol. VIII, N.º 2.
- Nun, J. (1969): “Sobre población relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal”, *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. 4, N.º 2.
- _____ (2003): *Marginalidad y exclusión social*, (Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica).
- Pérez Sáinz, J.P. (2003a): “Exclusión laboral en América Latina: viejas y nuevas tendencias”, *Sociología del Trabajo*, N.º 47.
- _____ (2003b): “Globalización, riesgo y empleabilidad. Algunas hipótesis”, *Nueva Sociedad*, N.º 184.
- Pérez Sáinz, J.P. y Mora Salas, M. (2004): “De la oportunidad del empleo formal al riesgo de exclusión laboral. Desigualdades estructurales y dinámicas en los mercados latinoamericanos de trabajo”, *Alteridades*, año XIV, N.º 28.
- _____ (2005): Rutas laborales para la integración social en Honduras. Una propuesta de acción para la reducción de la pobreza desde el mercado de trabajo, *Informe* para el Department for International Development.

- Perlman, J.E. (1976): *The Myth of Marginality: Urban Poverty and Politics in Rio do Janeiro*, (Berkeley, University of California Press).
- Portes, A. y Walton, J. (1981): *Labor, Class and the International System*, (Nueva York, Academic Press).
- Quijano, A. (1974): “The marginal pole of the economy and the marginalized labor force”, *Economy and Society*, Vol. 3, N.º 4.
- Roberts, B. (1996): “The Social Context of Citizenship in Latin America”, *International Journal of Urban and Regional Research*, Vol.20, N.º 1.
- Sen, A. (1983): “Poor, relatively speaking”, *Oxford Economic Papers*, N.º 35.
- _____ (2000): Social Exclusion: Concept, Application and Scrutiny, *Social Development Papers*, N.º 1, (Manila, Asian Development Bank).
- Silver, H. (1994): “Exclusión social y solidaridad social: tres paradigmas”, *Revista Internacional del Trabajo*, Vol.113, N.ºs 5-6.
- Sojo, C. (2000): Dinámica sociopolítica y cultural de la exclusión social, E. Gacitúa, C. Sojo y S.H. Davis (eds.).
- Stallings, B. and Peres, W. (2000): *Growth, Employment and Equity: The Impact of Economic Reforms in Latin America and the Caribbean*, (Washington, Brookings Institution/ECLAC).
- Tezanos, J.F. (2004): *La sociedad dividida. Estructura de clases y desigualdades en las sociedades tecnológicas*, (Madrid, Biblioteca Nueva).
- Tilly, C. (1999): *Durable Inequality*, (Berkeley, University of California Press).

Tokman, V. (1998): “Empleo y seguridad: demandas de fin de siglo”, *Anuario Social y Político de América Latina y El Caribe 2*, (Caracas, FLACSO/Nueva Sociedad).

Zapata, F. (1993): *Autonomía y subordinación en el sindicalismo latinoamericano*, (México, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México).

Anexo metodológico

Los niveles de exclusión social fueron obtenidos, inicialmente, de un análisis factorial, seguido, posteriormente, de un análisis de *clusters K-means*.

El análisis factorial se realizó sobre tres variables necesarias de especificar. La primera es la de exclusión laboral y expresa un promedio por hogar de tres tipos de valores adjudicados a los miembros de la unidad doméstica insertos en el mercado de trabajo. El valor 2 fue otorgado a categorías de inclusión laboral (asalariados no precarios y autoempleados no dinámicos, a los que se les agregó los propietarios de establecimientos de 10 y más empleados). El valor 0 correspondió a categorías del excedente laboral (asalariados con alta precarización, autoempleados de subsistencia y desempleados, a los que se les añadió los trabajadores no remunerados). Las categorías restantes (asalariados con precarización baja e intermedia, así como los autoempleados en situación intermedia) obtuvieron un puntaje de 1. Esto ha supuesto que el promedio por hogar varíe entre 2 (todos los miembros insertos en el mercado de trabajo pertenecen a empleos de inclusión laboral) y 0 (todos pertenecen al excedente laboral).

Aclaremos brevemente la construcción de estas categorías laborales. La clasificación en términos de precarización salarial se ha aplicado a las categorías ocupacionales de empleados públicos, empleados en empresas privadas y empleadas domésticas. Esta clasificación es el resultado de un análisis factorial que ha tomado en cuenta variables existentes sobre regulación laboral (estabilidad ocupacional, antigüedad en el empleo, jornada laboral y monto salarial). Todas estas variables se contrastaron con las normativas vigentes en Honduras, otorgando valores 1 a los casos que cumplían y valores 0 a los que no. Así, los estándares aplicados han sido los siguientes: empleo permanente (estabilidad ocupacional); más de un año trabajando (antigüedad en el empleo); laborar de 40 a 48 horas con excepción de gerentes y personas que laboran voluntariamente menos de 40 horas (jornada laboral); y monto de remuneración igual o superior al correspondiente salario mínimo, según lo establecido en la tabla de 12 salarios mínimos vigentes 1º de abril del 2004, según acuerdo ejecutivo N.º STSS 012-04, haciendo conversiones en salario por hora (monto salarial).

El resultado fue un índice de precarización al que se le aplicó un análisis de *clusters K-means*, resultando cuatro niveles (sin precarización, precarización baja, precarización media y precarización alta).

Para la construcción de los tipos de autoempleo, se han considerado las categorías ocupacionales de propietarios de establecimientos que ocupan nueve y menos personas (empresarios pequeños) y los trabajadores por cuenta propia. Esta tipología intenta captar tres niveles de autoempleo: dinámico con capacidad de acumulación; de subsistencia sin tal capacidad ya que las necesidades reproductivas del hogar se imponen a las acumulativas del establecimiento; e intermedio, que recoge los casos que no pueden ubicarse claramente en los dos niveles previos.

Los profesionales independientes, que forman parte de los trabajadores por cuenta propia, se les ha ubicado en el nivel intermedio con posibilidades de pertenecer al nivel dinámico. O sea, los profesionales independientes, por definición, no pueden pertenecer al nivel de subsistencia.

Al no existir la variable local del establecimiento, que podría haberse utilizado en este ejercicio, se ha trabajado solo con la variable ingreso. Este ha tenido que ver con el nivel de ingresos de estos trabajadores autoempleados. Este ingreso se ha valorado respecto a lo que se ha denominado “ingreso de responsabilidad social” (IRS). Este ingreso ha sido definido como aquel monto generado por una actividad de autoempleo que contribuye a superar la pobreza del respectivo hogar. Contribuir implica que no se considera este ingreso como único en tal superación (esto lo constituiría en un ingreso familiar), sino que tal responsabilidad la comparte con otros ingresos laborales (salariales o de autoempleo). En este sentido, este ingreso ha sido definido de la siguiente manera:

$$\text{IRS} = \text{línea de la pobreza} * (\text{tamaño del hogar} / \text{total de ocupados})$$

Como se diferencia una línea de pobreza urbana de otra rural, se ha tomado en cuenta tal distinción.

Por consiguiente, dentro del autoempleo dinámico están considerados los profesionales independientes con ingresos superiores a 1 IRS y todos los empresarios pequeños y trabajadores por cuenta propia, con ingresos superiores a 2 IRS en Honduras. Por su parte, en el autoempleo de subsistencia han quedado ubicados todos los empresarios pequeños y trabajadores por cuenta propia, con ingresos iguales o inferiores a 1 IRS. El resto de situaciones (profesionales independientes con ingresos inferiores

a 1 IRS y empresarios pequeños y trabajadores por cuenta propia con ingresos comprendidos entre 1 y 2 IRS) se han clasificado en la categoría intermedia.

La segunda variable incluida en el análisis factorial de exclusión, es la que se refiere a la inclusión laboral en términos de empleabilidad, tomando en cuenta los años de escolaridad de la población económicamente activa del hogar. Esta variable ha sido modificada de métrica en ordinal con los siguientes rangos: de 0 a 5 años de educación (puntaje 0); de 6 a 11 años de educación (puntaje 1); y 12 y más años de educación (puntaje 2). Como en el caso anterior se ha estimado el promedio por hogar, el cual también varía de 2 (todos los miembros de la PEA tienen educación superior) a 0 (todos los miembros de la PEA tienen el nivel más bajo de educación).

Es importante señalar que hay hogares sin población económicamente activa que viven de ingresos de origen no laboral. Al respecto se ha tenido que hacer una doble imputación. La laboral ha sido por medio del ingreso per cápita, diferenciando entre los cinco dominios territoriales de la base de datos. Es decir, se buscó determinar el ingreso promedio para cada uno de las tres categorías de inclusión laboral, según dominio. Observados estos valores, se contrastó el ingreso per cápita del hogar y se procedió a asignarle el valor respectivo en la variable de inclusión laboral. Y la imputación referida a escolaridad se ha hecho con la de la persona que ejerce la jefatura del hogar. Estas imputaciones no han afectado, de manera notoria, las distribuciones de los tres niveles de exclusión laboral ni el promedio de escolaridad.

Finalmente, la dimensión estatal ha contemplado tres variables referidas a sendos servicios públicos. En el caso de acceso a agua potable, se consideraron dos factores: si la vivienda tiene o no tubería instalada para el agua conectada a la red pública y la frecuencia del suministro (permanente o no). Esto dio lugar a una clasificación de tres situaciones: hay conexión pública y regular (se le asignó el valor 2); hay conexión pública, pero irregular (valor 1); y no hay conexión pública (valor 0).

En cuanto al servicio sanitario, se usaron dos variables para calificar el acceso: la conexión con red pública de alcantarillado o no y el uso del sanitario de la vivienda (exclusivo o no). También se identificaron tres situaciones: alcantarillado y uso exclusivo (valor 2); alcantarillado pero uso compartido (valor 1); y sin alcantarillado (valor 0).

Finalmente, en cuanto al alumbrado público, se identificaron solo dos situaciones: conexión a red pública (valor 2) y no conexión a tal tipo de red (valor 0).

Estas tres variables se compactaron en un índice de servicios públicos por medio de un análisis factorial. Por consiguiente, nuestras tres dimensiones quedaron operacionalizadas de la siguiente manera: exclusión laboral como promedio; empleabilidad como promedio; y el índice de servicios públicos. A partir de estas tres nuevas variables, se llevó a cabo un análisis factorial cuyos resultados son los siguientes:

El índice de KMO arrojó un valor de 0.652, indicando que el análisis podía realizarse. La pertinencia del análisis factorial se vio confirmada con base en los resultados derivados de la prueba de Bartlett, que arrojó una significación de .000. Los valores de las comunalidades fueron suficientemente grandes: exclusión laboral (0.537); empleabilidad (0.650) y servicios públicos (0.622). Se observó la presencia de una estructura factorial simple con un único factor (componente) subyacente en la estructura de la matriz de datos analizada. Este factor explica el 60,3% de la varianza observada. Finalmente, los pesos con que cada variable contribuye a la conformación del factor, es decir, las cargas factoriales, fueron los siguientes: exclusión laboral (0.733); empleabilidad (0.806) y servicios públicos (0.789).

Una vez concluido el análisis factorial, se pasó a agrupar los valores del índice resultante en niveles, siguiendo la técnica de análisis de conglomerados (en concreto el método de *K-means*). Se detectó convergencia en los valores de Eta-cuadrado con cinco agrupaciones, sugiriéndose así que el índice se transformara en una variable ordinal con cinco niveles.

Anexo estadístico

Cuadro 1
Honduras: regresión logística de paso de la pobreza extrema a la pobreza relativa en áreas metropolitanas (2004)

Variables	B	SE	Sig.	Exp. (B)
Tasa de participación laboral	1,874	,565	,001	6,511
N.º de menores	-,333	,082	,000	,717
Jefatura femenina	-,536	,188	,004	,585
Escolaridad de la jefatura			,004	
-primaria incompleta	,722	,308	,019	2,058
-secundaria incompleta	,766	,295	,009	2,150
-secundaria y más	1,145	,377	,002	3,142
-ignorado	2,300	,774	,003	9,977
N.º de empleos:				
públicos	1,372	,381	,000	3,945
sector privado	,713	,133	,000	2,040
doméstico	-1,043	,317	,001	,352
Otros servicios	-,536	,230	,020	,585
N.º de desempleados	-,578	,176	,001	,561
Niveles de exclusión			,020	
-exclusión media	,946	,643	,141	2,576
-exclusión/inclusión baja	1,127	,640	,078	3,087
-inclusión media	1,834	,674	,007	6,259
-inclusión alta	1,511	,764	,048	4,531
-ignorado	1,117	,732	,127	3,055
Constante	-2,022	,732	,006	,132
Significación del modelo			,000	
Nagelkerke R-cuadrado			,285	
Porcentaje de aciertos			70,0	
Valor del corte			,590	

Cuadro 2
Honduras: regresión logística de paso de la pobreza extrema a la pobreza relativa en resto urbano (2004)

Variabes	B	SE	Sig.	Exp. (B)
Tasa de participación laboral	4.510	,455	,000	90.954
Jefatura femenina	-,577	,168	,001	,562
Escolaridad de la jefatura			,000	
-primaria incompleta	,584	,238	,014	1.794
-secundaria incompleta	,628	,238	,008	1.874
-secundaria y más	1.322	,336	,000	3.750
-ignorado	-,684	,572	,232	,504
N.º de empleos:				
públicos	,535	,252	,033	1.708
doméstico	-,706	,277	,011	,494
no remunerados	-,617	,181	,001	,540
agricultura	-,554	,146	,000	,574
Otros servicios	-,396	,172	,021	,673
empresa pequeña	,399	,117	,001	1.491
Establecimiento de tamaño				
ignorado	,632	,123	,000	1.881
Ciudades pequeñas	-,591	,162	,000	,554
Niveles de exclusión			,000	
-exclusión media	,609	,374	,103	1.839
-exclusión/inclusión baja	1.610	,380	,000	5.003
-inclusión media	1.769	,415	,000	5.866
-inclusión alta	2.012	,507	,000	7.481
-ignorado	,418	,484	,388	1.519
Constante	-3.437	,430	,000	,032
Significación del modelo			,000	
Nagelkerke R-cuadrado			,391	
Porcentaje de aciertos			75,1	
Valor del corte			,470	

Cuadro 3
Honduras: regresión logística de paso de la pobreza extrema a la pobreza relativa en zonas rurales (2004)

Variables	B	SE	Sig.	Exp. (B)
Tasa de participación laboral	1.838	,397	,000	6.282
N.º de menores	-,208	,065	,001	,812
Escolaridad de la jefatura			,003	
-primaria incompleta	,222	,202	,272	1.248
-secundaria incompleta	,155	,226	,492	1.168
-secundaria y mas	2.026	,558	,000	7.581
-ignorado	-,758	,529	,152	,468
N.º de empleos:				
sector privado	,486	,116	,000	1.625
granos básicos	-,957	,199	,000	,384
activ. agrícolas ignoradas	-,403	,102	,000	,668
Establecimiento de tamaño	,483	,127	,000	1.621
ignorado			,000	
Niveles de exclusión	1.088	,222	,000	2.967
-exclusión media	1.652	,273	,000	5.219
-exclusión/inclusión baja	,255	,734	,729	1.290
-inclusión media	,647	,300	,031	1.911
-ignorado	-3.240	,332	,000	,039
Constante				
Significación del modelo			,000	
Nagelkerke R-cuadrado			,234	
Porcentaje de aciertos			72,8	
Valor del corte			,135	

Cuadro 4
Honduras: simulaciones de superación de la pobreza extrema en áreas metropolitanas (2004)

Variables	Caso empírico extremo	Simulaciones				
		1.	2.	3.	4.	5.
Tasa de participación laboral	,143	,355	,355	,355	,355	,355
N.º de menores	0	1.418	1.418	1.418	1.418	1.418
Jefatura femenina	1	0	0	0	0	0
Escolaridad de la jefatura						
-primaria incompleta	0	0	0	0	0	0
-secundaria incompleta	0	1	1	1	1	1
-secundaria y más	0	0	0	0	0	0
-ignorado	0	0	0	0	0	0
N.º de empleos: públicos	0	,083	,083	,083	,083	,083
sector privado	0	1.095	1.095	1.095	1.095	1.095
doméstico	1	,029	,029	,029	,029	,029
Otros servicios	0	,147	,147	,147	,147	,147
N.º de desempleados	3	,207	,207	,207	,207	,207
Niveles de exclusión						
-exclusión media	0	0	1	0	0	0
-exclusión/inclusión	1	0	0	1	0	0
baja	0	0	0	0	1	0
-inclusión media						
-inclusión alta	0	0	0	0	0	1
-ignorado	0	0	0	0	0	0
Probabilidades	,002	,402	,634*	,675*	,808	,753

Punto de corte: $p = ,590$

*No significativa

Cuadro 5
Honduras: simulaciones de superación de la pobreza
extrema en resto urbano (2004)

Variables	Caso empírico extremo	Simulaciones				
		1.	2.	3.	4.	5.
Tasa de participación laboral	,429	,375	,375	,375	,375	,375
Jefatura femenina	0	0	0	0	0	0
Escolaridad de la jefatura						
-primaria incompleta	0	0	0	0	0	0
-secundaria incompleta	0	1	1	1	1	1
-secundaria y más	0	0	0	0	0	0
-ignorado	0	0	0	0	0	0
N.º de empleos:						
públicos	0	,119	,119	,119	,119	,119
doméstico	0	,043	,043	,043	,043	,043
no remunerados	2	,096	,096	,096	,096	,096
agricultura	3	,131	,131	,131	,131	,131
Otros servicios	0	,137	,137	,137	,137	,137
Empresa pequeña	0	,352	,352	,352	,352	,352
Establecimiento de tamaño ignorado	0	,719	,719	,719	,719	,719
Ciudades pequeñas	1	0	0	0	0	0
Niveles de exclusión						
-exclusión media	0	0	1	0	0	0
-exclusión/inclusión baja	0	0	0	1	0	0
-inclusión media	0	0	0	0	1	0
-inclusión alta	0	0	0	0	0	1
-ignorado	0	0	0	0	0	0
Probabilidades	,007	,337	,483*	,718	,749	,792

Punto de corte: p=.470

*No significativa

Cuadro 6
Honduras: simulaciones de superación de la pobreza
extrema en zonas rurales (2004)

Variables	Caso empírico extremo	Simulaciones		
		1.	2.	3.
Tasa de participación laboral	,455	,357	,357	,357
N.º de menores	5	1.419	1.419	1.419
Escolaridad de la jefatura				
-primaria incompleta	0	1	1	1
-secundaria incompleta	0	0	0	0
-secundaria y mas	0	0	0	0
-ignorado	1	0	0	0
N.º de empleos:				
sector privado	0	1.015	1.015	1.015
granos básicos	1	,051	,051	,051
activ. agrícolas				
ignoradas	4	,612	,612	,612
Establecimiento de tamaño ignorado	0	,520	,520	,520
Niveles de exclusión				
-exclusión media	0	0	1	0
-exclusión/inclusión baja	0	0	0	1
-inclusión media	0	0	0	0
-ignorado	0	0	0	0
Probabilidades	,001	,099	,246	,364

Punto de corte: $p = ,135$